

Homenaje al doctor Fernando Caycedo y Flórez

El diez y nueve de marzo pasado se cumplieron cien años de la consagración episcopal del egregio arzobispo de Bogotá don Fernando Caycedo y Flórez, colegial y catedrático del Rosario, y su rector y benefactor insigne. Con este motivo las autoridades civiles y eclesiásticas y las corporaciones científicas han festejado el glorioso centenario. Nuestro colegio celebró con tal fin una hermosa velada el día veinticuatro del pasado. Presidieron la sesión el ilustrísimo señor Arzobispo primado y el señor Ministro de Educación nacional; asistieron el Claustro pleno y muchos distinguidos caballeros y señoras, y amenizó el acto una magnífica orquesta.

Después de recibir a los nuevos colegiales con el ceremonial de tradición, a fin de que ellos, que son el núcleo de la comunidad encabezaran el homenaje, el ilustrísimo señor Arzobispo descubrió el retrato de su insigne predecesor, a los acordes del himno nacional. Esta pintura se debe al celebrado artista don Ricardo Acevedo Bernal. El Arzobispo en pie, revestido de la capa magna lleva en el rostro un aire de majestad y de dulzura. Las manos descarnadas, finas, aristocráticas, están maravillosamente dibujadas. Junto con la figura principal, que se desprende gallardamente del fondo, no hay más accesorios que la mitra de obispo y la beca de colegial, y el escudo nobiliario discretamente señalado al lado izquierdo.

El joven alumno don Armando Romero Lozano pronunció en nombre de sus compañeros de colegiatura el discurso que se verá a continuación. Después de una breve alocución del señor Rector que se inserta también en este número, el señor catedrático doctor José Alejan-

dro Bermúdez leyó el docto y elocuente discurso con que obsequiamos a nuestros lectores y que fue recibido con aplauso entusiasta.

Ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo primado, excelentísimo señor Ministro, ilustrísimo señor Rector, venerable Claustro, señoras, señores:

«¿Os habéis preguntado, señores colegiales, si la singular solemnidad de nuestra recepción es más que aparatoso formulario, consagrado por nobilísimos recuerdos? Y ahora mismo, ante la grata coincidencia que ha ligado el homenaje a un ilustre antecesor de nuestra honra con la celebración del más bello rito de nuestro claustro, ¿no habéis ponderado la gravedad de un acto que deliberadamente obliga a nuestra voluntad y a nuestro entendimiento?»

Creo que puedan calificarse de difíciles para la juventud de nuestra patria, para la juventud de todas partes y para los hombres de todo el mundo, los momentos que han sucedido a la más violenta convulsión de los siglos. Interrogad a los sabios y serenos observadores de la vida contemporánea y todos, por boca de Ferrero, el mágico evocador de la grandeza romana, os contestarán que estamos pasando por una de esas etapas críticas y decisivas de la historia. Penosa edad de transición que ha hecho pensar nada menos que en el resurgimiento de una nueva Edad Media, enriquecida, como es justo, con los tesoros de la experiencia secular, ataviada con las galas de nueva misión civilizadora, sacudida y acelerada en su curva de ascenso por los impulsos de voluntad insaciable; pero inferior a la primera en el dominio de las ideas elementales, en la eficaz aplicación de sus energías y en la segura y sosegada marcha por los senderos del espíritu.

Ex profeso acudo a quienes en el campo de las ideas se encuentran un tanto alejados de las afirmaciones que esta ceremonia encierra, pero no hasta el punto de desdenarlas con incompresivo gesto: Hé aquí al maestro de la joven América Española, precaviéndonos unciosamente contra las peligrosas sirtes de la moderna cultura. Al establecer la diferencia entre lo que se ha llamado, con neológico y acertado vocablo, *dilettantismo* y lo que debe ser la renovación positiva de nuestra personalidad, afirmaba Rodó, años antes de la gran catástrofe, que el alma contemporánea tiene al dilettantismo y señalaba «los poderosos motivos que hacen del desenvolvimiento personal una perenne elección entre propuestas infinitas». Y para corroborar el macerado juicio del pensador americano estampa Guillermo Ferrero, al final de una de sus magistrales síntesis del movimiento europeo, que aún guarda fresca la tinta que la lanzó al voraz mercado de los libros, esta conclusión nunca mejor calculada para nuestro propósito: «Extraviados por una dispersión convulsiva de la voluntad, queremos siempre lo contrario que nuestra voluntad verdadera y profunda. Porque no se puede creer en la verdad, en la belleza y en el bien si no se sabe distinguirlos y oponerlos a sus contrarios, el error, la fealdad, el mal, y no puede hacerse eso más que separándolos por una línea clara, por una definición, por un límite».

Ni más autoridad, ni mejores palabras tiene el que os habla para sugeriros, ya que no para desarrollaros, el más arduo problema de la hora, que pudiera sintetizarse con decir que el mundo se halla enfermo de la voluntad y enfermos los llamados a diagnosticar en inminente lance; inquieta mente y voluntad confusa amenazan destruir la más pujante prosperidad que soñaron los tiempos.

Y a nuestra patria, al contenido espiritual de esta patria que aquí aprendemos a servir y amar, ¿se extenderá el enunciado de tan inquietante problema? Sí, pero se agrava nuestra posición al considerar que hemos sido rezagado islote del humano archipiélago. Sin tradiciones fuertes que se afiancen en las honduras del alma nacional, sin preparación adecuada para integrar el concierto civilizador y cargados de impaciencia por solazarnos al contacto de mejores ambientes, como aves incautas que ven entreabrir de súbito la puerta de su clausura, cuántos peligros nos reserva la confusión universal! Y sin embargo, la blanda arcilla de nuestra juventud no teme sujetarse a las más temerarias experiencias. Si es en la búsqueda febril de esa bienandanza por cuya efímera posesión se arrastran los hombres de este siglo, morriendo, cual alimañas hambreadas, la corteza que les soporta, ved cómo acallamos cobardemente las llamativas imperiosas de la vocación individual para entregarnos, sin equilibrio armónico, sin sujeción a plan ni selección de medios, a la despótica brega del cotidiano sustento, a la triste labor de desalojar al vencido. Y si es en las empresas ineludibles del entendimiento y del carácter, hemos comenzado a picotear con ceguedad de polluelos implumes, junto con el provechoso grano los desperdicios de la era. Con altanería ingenua de manebos indóciles hemos comenzado a revisar creencias recibidas, principios firmes de pensar y de vivir y las visiones entremezcladas de la realidad externa y las iluminaciones fecundas de la conciencia intelectual. Ya sabemos mirarnos a nosotros mismos como en bruñidos espejos colocados frente a frente. Y en ansia loca de dominio, manejando con torpeza sutil bisturí o delicado escalpelo, desintegramos, revolvemos y desmenuzamos un yo que se nos escapa en el más fatuo y engañoso de los forcejeos.

Si, pues, va cruzando la juventud de Colombia un recodo imprevisto de su senda, de donde es prudente avanzar con refrenada marcha, cateando el movedizo suelo ¿Qué significa la convocatoria anual de unos cuantos estudiantes idealistas, en el recinto iluminado por los destellos del esfuerzo patriótico, para sujetarse, mediante solemne compromiso, a los lineamientos de una vetusta norma?

Oh! bello significado es éste, si penetramos en lo hondo de las palabras, si repudiáramos el vulgar concepto que estigmatiza lo que moda fugaz no ha sancionado. Como en viejo cuento de magos, el sagaz depositario de valiosísima joya elige al acaso entre ardorosos aspirantes unos cuantos que vayan a conquistar la escondida presea. Y les señala el camino que deben seguir, mas no los recursos que deben emplear en la difícil conquista del tesoro.

Señalarnos el mejor camino, es ya mucho; dejar a nuestro arbitrio la escogencia de armas con qué vencer obstáculos inesperados, es confiar en nosotros. Muchos, sin embargo, pensaron extraviarse ante lo sinuoso de la senda, temieron fatigarse ante lo duro y escarpado del ascenso.

Andar, en la dirección de las ideas, según la mente de un maestro determinado, siquiera sea la del más sabio de los santos y el más santo de los sabios, no quiere decir tomar y seguir paso a paso los conceptos, inspiraciones y particulares modos de quien, por lo demás, no puede ser alcanzado en su vuelo sublime más allá de los espacios. Ampararse bajo tan coposo ébano no consiste en aceptar ciertas interpretaciones de *El Mundo y el hombre*, por más que sean las únicas que satisfagan los resultados de largas investigaciones, ni en profesar el concepto hilomorfo de la vida, aunque éste sea la

síntesis más ingeniosa de fundamentales teorías, ni siquiera en admitir la soberana reducción de los seres a un corto número de formas, divino empeño que el hombre descontentadizo rechaza con sólo tildarlo de anacrónico, por más que en él se apoye, sin quererlo, a la manera del viandante que pisa su propia sombra cuando camina bajo la luz.

No necesitan ni desean las doctrinas del gran dominicano, campeones advenedizos que no hayan justado en ese palenque de la *Summa*, redondel escueto que resguardan basálticas murallas en el centro de la roca medioeval, a donde deben llevarse las cañas templadas en los hornos de sutil y candentísima dialéctica, donde los corceles deben ostentar los cascos endurecidos por el trajín de la Escritura y de los Padres y donde los adversarios no son osados mozalbetes, ávidos de barata gloria, sino viejos paladines del pensamiento puro y de la fe sin mancilla. Para adecuar nuestra mente y nuestro corazón al corazón y la mente de ese angélico guía bastaríamos inscribir en los cuarteles de nuestro escudo de batalla una de sus frases radiantes: y pocas tan oportunas y sugestivas como aquélla que en días pasados comentaba en nuestras aulas un brillante y fecundo educador: *Natura humana in se curva dicitur*.

Esa concepción geométrica proporciona la estabilidad [que requiere el desorientado y presumido pensamiento contemporáneo: representa la naturaleza humana desenvolviéndose en movimiento circular que pudiera figurarse en una curva reentrante cuyo punto de partida es nuestra misma personalidad tomada en todas sus faces, moral, intelectual y física; y cada punto de la línea, depende del que le antecede y anuncia al que le sigue, encaminándose todos con matemática rigidez y perfecta equidistancia de su centro al mismo punto de su arranque, sin que tal regresión sobre sí misma se

oponga a mayor amplitud de la curva, ya que se pueden levantar del mismo centro diversos círculos semejantes al primero.

Permitidme que colore lo antedicho con una breve e ingenua evocación que arranco de mis vacaciones de provincia:

Cuántas veces he subido por angosto repecho, a una fresca y abierta planicie que en forma de afilada península se yergue ante el hondo lecho del río Guadalupe, el cual puede ser imagen de la rítmica y fugaz corriente de los días. Allí se contempla, por las tardes, en ambiente de sin igual diafanidad, un panorama total. En frente y abajo la ciudad dormida que ya ha empezado a rebullirse en el imprescindible ajeteo, y que a mí se me antoja símbolo de las moderadas agitaciones de la vida. A un lado, enhiesto y descombrado cerro, que menciona la historia, símbolo ahora de la benéfica simpatía que abraza el Ayer con el Mañana. Por detrás, la esbelta ribera izquierda, que se prolonga al nivel de la planicie, sustentando vacadas, alquerías y sauces llorones que se levantan al cielo cual vespertina oración. Y al otro lado, en grata lejanía, la procesión de los cámbulos que se pierde en más distante laguna y cuyas copas florecidas se atreven a rimar con la púrpura desfalleciente del crepúsculo, ejemplo de las armonías que ha puesto Dios en la naturaleza. Rubricando tan deleitosa y enaltecedora visión, un sol que al inclinar triunfalmente su testa poderosa cobra desusada grandeza ante mis ojos conmovidos.

La misma emoción de mis recuerdos me acompaña aquí y ahora, bajo el cariñoso manto rectoral y ante el signo que sella mi racional consentimiento.—He dicho.

ARMANDO ROMERO LOZANO

Bogotá, marzo 24 de 1928.